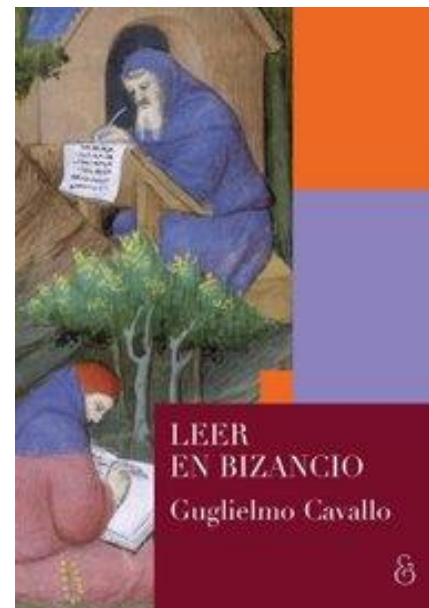




Taborda, María Cecilia. Reseña bibliográfica: "Guglielmo Cavallo, *Leer en Bizancio*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, septiembre de 2018, vol. 7, n° 14, pp. 215-218

Guglielmo Cavallo
Leer en Bizancio
Buenos Aires
Ampersand
2017
292 pp.



María Cecilia Taborda¹

Recibido: 01/07/2018
Aceptado: 26/07/2018
Publicado: 11/09/2018

Escuchar, ver, sentir la escritura.
Una historia de la lectura en Bizancio

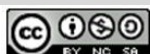
I. La edición

Este ensayo, que recoge y ordena los seminarios impartidos por Guglielmo Cavallo en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París en 2003, propone un apasionante recorrido por los avatares de la lectura en la civilización bizantina. La primera edición de este libro, en francés, fue publicada por *Les Belles Lettres* en 2006. A la presente edición española la

precedieron otras en griego y en italiano; en todos los casos el libro fue acogido con gran y merecido entusiasmo por la crítica y por el público.

Leer en Bizancio pertenece a la colección *Scripta Manent* que, según explica pacientemente la solapa, tiene como objetivo reunir obras del ámbito de la Historia social de la cultura escrita para acercarlas tanto a eruditos como a quienes se interesen en estos temas en general. Su autor pertenece indiscutiblemente al primer grupo: reconocido filólogo y paleógrafo especializado en las culturas griega y latina, es además un prolífico escritor que nos viene dejando sus numerosas obras como magnífico legado. Y, para ser justos, al lector también se le exige cierta erudición: la ausencia de contextualización para algunos personajes y de explicación de ciertos con-

¹Profesora en Letras (UNMDP). Docente en el área de Lenguas y Literaturas Clásicas de la carrera de Letras (UNMDP). Contacto: mctaborda@outlook.com



ceptos y nombres técnicos tal vez vuelva oscuros algunos pasajes; sin embargo, no deja de resultar un poderoso acicate para que el lector curioso emprenda su propio camino de indagación. Un solo detalle echará de menos, quizás, el especialista: la grafía y acentuación originales de las palabras griegas.

Es para destacar que al completísimo sistema de notas que acompaña el texto, esta edición le agrega una actualización bibliográfica con una selección de los estudios sobre el tema aparecidos durante la última década, es decir, luego de la publicación de la primera edición en francés. Este aporte constituye un gran mérito: señala los títulos esenciales que ha de consultar todo aquel que desee profundizar en los temas tratados. De esta manera, cada sección, cada página, cada lejano nombre griego se convierte en una puerta abierta hacia una incesante y fascinante conversación filológica, en donde se pueden hallar incluso las últimas intervenciones relevantes.

Leer en Bizancio nos propone un estimulante itinerario en sus páginas eruditas, dispuestas en doce capítulos, prolijamente ordenados a través del tamiz de índices temáticos, onomásticos, de ilustraciones; de manera que uno puede abordar el libro desde diversos lugares. Pero, quizás, lo que constituye su mayor atractivo es el apéndice central, que ofrece al lector una exquisita colección de reproducciones a color de veinticuatro manuscritos bizantinos. No son los únicos: cada capítulo incluye, además, imágenes en blanco y negro de otros manuscritos, esculturas, mosaicos y monumentos que ilustran, todos ellos, algún aspecto relacionado con las prácticas de la lectura y la escritura en Bizancio.

II. El desafío filológico

Guglielmo Cavallo comienza por plantear el núcleo del problema en torno a este trabajo de investigación que es, en el fondo, el de todo filólogo: y es que abordar las prácticas de lectura en el mundo bizantino

es una tarea difícil “tanto por la escasez de vestigios directos como por la complejidad de interpretar indicios indirectos” (Chartier, 62). El especialista debe buscar las huellas de las prácticas de lectura en diversas fuentes; el libro erudito, por lo tanto, no es otra cosa que el resultado de un meticuloso trabajo filológico y paleográfico.

El corpus de trabajo, entonces, incluye la producción documental en general, las fuentes literarias, los catálogos e inventarios de bibliotecas y los libros producidos durante el milenio bizantino que aún conservamos. Entre estos libros, como es de esperar, hay una gran diferencia cuantitativa: la mayoría tienen un contenido teológico, aunque también los hay profanos, mayormente textos clásicos. No hay que dejar de notar el valioso análisis de la epistolografía, quizás el género literario más cultivado y apreciado en la cultura bizantina. El especialista, a su vez, ha considerado no sólo el contenido de los documentos, sino que también ha indagado en busca de diversas *huellas de lectura*: por ejemplo, las glosas y anotaciones en general pueden ser indicios sumamente reveladores de las maneras de acercarse e interactuar con el texto.

Mención aparte merece la consideración de las fuentes iconográficas. Se nos indica que son, ciertamente, muy escasas: la ausencia de representación de escenas reales de lectura se justifica por la abstracción que caracterizó el arte del período estudiado. Es más: son tan pocas que, dentro del corpus, confiesa el autor, podrían resultar casi *irrelevantes*. Una mirada más atenta revela todo lo contrario: la iconografía tiene un gran valor testimonial, que difícilmente las palabras puedan restituir. Cada imagen nos permite atisbar escenas públicas y privadas de lectura, de escritura: esmerados y pacientes monjes copiando ejemplares, personajes manipulando rollos y códices, leyendo en público, exhibiendo sus libros como si fuesen obras de arte ante un auditorio cuyo deleite no se ha perdido.

Si hay un mérito que tiene este libro es el de reproducir este recorrido filo-

lógico y hacernos partícipes a los lectores. El autor nos invita constantemente a suspender la lectura y, por unos momentos, cotejar los manuscritos, hallar los indicios sugeridos entre los pintorescos grabados y letras griegas. El recorrido se convierte, así, en una auténtica experiencia audiovisual, interactiva, filológica.

III. Pensar la lectura, los libros, los lectores

Esta obra se propone indagar acerca de las prácticas de lectura en Bizancio, capital y centro cultural del Imperio Romano de Oriente, desde su surgimiento en la nueva Roma de Constantino en el 324 d. C. hasta su caída en manos de los turcos en 1453. Esto significa, por supuesto, tener en cuenta tanto el pensamiento y la cultura cristianas como la herencia grecolatina. Como recuerda el autor, los propios bizantinos se llamaban a sí mismos *Romanoi* [Romanos], dejando ver claramente en qué medida se consideraban los herederos legítimos de la Roma Imperial; y, por otra parte, es imprescindible valorar la omnipresencia del cristianismo y todas sus prácticas culturales. Sendos capítulos se ocupan minuciosamente de estas cuestiones.

Tal como señala el autor, el objeto de estudio en sí no es sencillo de abordar: la lectura es una práctica que se transforma según el contexto en el que se inscribe y que, como pudimos observar, no siempre deja huellas para la posteridad. Queda claro que el mundo bizantino está caracterizado por una *mentalidad libresca*. La tarea, entonces, será precisar cuáles son las situaciones, intenciones, costumbres y modalidades dentro de las cuales tiene lugar la lectura. Los sucesivos capítulos se ocupan de abordar todas estas cuestiones en detalle, *ilustrándolas* con manuscritos y anécdotas de lectura.

El primer tema obligado en el que se detiene el autor es el de precisar los niveles de alfabetización en Bizancio. Y luego, ¿cómo definir el punto en el que una persona pasa de conocer los rudimentos de

las letras y poseer un alfabetismo funcional a convertirse propiamente en *lector*? Tras un completísimo análisis de numerosas fuentes, Cavallo describe la compleja situación retomando una clasificación elaborada por el propio Miguel Psellos; el mérito es evidente, ya que no sólo se trata de un erudito y de una persona sumamente influyente para su época sino que, fundamentalmente, es un contemporáneo. Nos familiarizamos, así, con la enseñanza de las letras y los distintos niveles de instrucción, para conocer los tipos de lectores: las *orejas incultas*, los *lectores u oyentes instruidos* y los *virtuosos u hombres de letras*. Sumamente valioso es el aporte en cuanto al rol de las mujeres. Casi todos los bizantinos que han dejado testimonio sobre su cultura son hombres: las fuentes históricas rara vez mencionan a las mujeres, con excepción de los miembros de la familia imperial; pero el especialista observador supo devolverles la voz. El recorrido filológico nos lleva a reconocer a todos estos lectores en cada uno de los autores, de sus relatos, de sus prácticas.

Una de las mayores herencias clásicas es la lectura en público, retórica y, sobre todo, en voz alta. *Leer en Bizancio* se detiene con gran detalle en este hecho fundamental: los textos estaban pensados para ser leídos, *interpretados*, y a esto responde incluso la construcción misma de la oración. Las páginas nos regalan incontables retratos que evocan otros mundos, otras voces; y personajes que nos recuerdan lo cautivador que es escuchar a un buen lector. Así, a la luz tenue y tibia de las velas, la tinta se convierte en voz, en melodía: la musicalidad está tan presente que se compara una buena lectura con el delicioso canto de ruiseñores y golondrinas.

Y como ya hemos dicho, a la voz se suma la imagen, que tiene, en la Historia de la lectura, un papel fundamental:

al escrito y a la voz que hacía emerger del texto el significado en el acto de la lectura se sumaba la imagen, entendida en un doble sentido: ya

sea, a veces, como repertorio ilustrativo del texto, ya sea como imagen evocada a partir de la lectura de este (96).

De modo que el acto de lectura se encuentra siempre, en Bizancio, en el límite entre la voz y la imagen. Incluso las artes figurativas no sólo tienen valor decorativo sino también *narrativo*; y, por otro, el texto encarna, a menudo, una *narración iconográfica* que hace emerger y crea imágenes a partir de la palabra escrita. La lectura, así, es examinada como el producto de un cruce primordial entre la voz, la escritura y la imagen, que nunca cesa de producir sentidos.

Finalmente, Cavallo nos enseña que en Bizancio la utilidad y la devoción dominaban sobre el placer y que la manera de leer más habitual era la intensiva: un tipo de lectura orientada a una apropiación completa y plena del texto, que propiciaba la interacción con la escritura. Aquí es, quizás, donde mayormente se manifiesta la mentalidad libresca bizantina: el libro no era solamente un instrumento de lectura, sino el depositario de un saber revestido de suprema autoridad que hasta el analfabeto reconocía y veneraba.

En suma, *Leer en Bizancio* logra reconstruir con gran acierto y elegancia la heterogeneidad de las prácticas de lectura durante el lejano y rico milenio bizantino. Y nos recuerda por qué, tantos siglos después, seguimos buscando placeres, saberes, en los libros.

Referencias bibliográficas

Chartier, Roger. *Prácticas de la lectura*, La Paz, Plural, 2002.